

cerá en la jaula nada más que mientras ésta sea bella.

Los menores accesorios deben, pues, respirar elegancia y gusto, y el conjunto ha de ofrecer sin cesar un cuadro sencillez, al par que gracioso. Renovad con frecuencia las colgaduras, alfombras y muselinas. La limpieza del decorado es demasiado esencial para hacer economías en este artículo, que equivale a la pamplina matinal que los niños colocan cuidadosamente en la jaula de sus pájaros para hacerles creer en la verdura de sus prados. Una habitación de este género es entonces la *última ratio* de los maridos: una mujer no tiene nada que decir cuando se le ha prodigado todo.

Los maridos condenados a habitar pisos de alquiler, están en la más horrible de todas las situaciones, porque ¿qué influencia feliz o desgraciada no puede ejercer el portero en su suerte? Además, ¿no estará su casa flanqueada a derecha e izquierda por otras dos casas? Es verdad que colocando a un lado la habitación de sus mujeres, el peligro disminuirá en la mitad; pero ¿no estarán obligados a meditar y a saber de memoria la edad, el estado, la fortuna, el carácter, las costumbres de los inquilinos de la casa vecina y hasta conocer a los amigos y parientes?

Un marido prudente no debe habitar nunca en un piso bajo.

Todo hombre puede tomar en su piso las precauciones que hemos aconsejado al propietario de un palacio, y entonces el inquilino tendrá sobre el propietario la ventaja de que, ocupando su habitación menos espacio, puede ser más fácilmente vigilada.

MEDITACIÓN XV

DE LA ADUANA

— ¡Oh! no, señora, no...

— Pero, caballero, ¿hay algo que pueda ser tan inconveniente como...?

— ¿Cree usted, pues, señora, que querríamos nosotros prescribir que se registrase, como en las fronteras, a las personas que traspasan el dintel de vuestras habitaciones,

o que salen de ellas furtivamente, con objeto de ver si os llevan alguna alhaja de contrabando? No, eso no sería decente; y nuestros procedimientos, señora, no tendrán nada de odiosos, ni nosotros nada de fiscales: esté usted segura de cilo.

— Caballero, la aduana conyugal es, de todos los puntos de que consta esta segunda parte, el que sin duda reclama de usted más tacto, más astucia y más conocimientos adquiridos *a priori*, es decir, antes del matrimonio. Para poder ejercer, un marido debe haber hecho un conocimiento profundo del libro de Lavater (1) y haberse penetrado de todos sus principios; haber acostumbrado su mirada y su entendimiento a juzgar y a coger con asombrosa prontitud los más ligeros indicios físicos por los que el hombre deja ver muchas veces, a pesar suyo, su pensamiento.

La Fisiognomía de Lavater ha creado una verdadera ciencia, y tiene ya un lugar entre los conocimientos del saber humano. Si, al principio, algunas dudas acogieron la aparición de este libro, después, el célebre doctor Gall (2) ha venido, con su hermosa teoría del cráneo, a completar el sistema del suizo, y a dar validez a sus sutiles y luminosas observaciones. Las personas ocurrentes, los diplomáticos, las mujeres, todos aquellos que son raros y fervientes discípulos de estos dos hombres célebres, han tenido muchas veces ocasión de observar otros signos evidentes por los cuales se viene en conocimiento del pensamiento humano. Los movimientos del cuerpo, la escritura, el sonido de la voz, los modales, han iluminado más de una vez a la mujer que habla, al diplomático que miente, y al hábil administrador o al soberano, obligado a descubrir con una ojeada el amor, la traición o el mérito desconocido. El hombre cuya alma es enérgica, es como el pobre gusano de luz que, sin querer, la deja escapar por todos sus poros. Se mueve en una esfera brillante donde cada esfuerzo produce un resplandor, dibujando sus movimientos con grandes lenguas de fuego.

He aquí, pues, todos los elementos de los conocimientos que debéis poseer, pues la aduana conyugal consiste únicamente en un examen rápido, pero profundo, del estado moral y fines de todos los seres que entran y salen

(1) Inventor de la Fisiognomía, arte de conocer el carácter de una persona por los rasgos de su rostro (1741-1801).—(N. del T.)

(2) Médico alemán inventor de la Frenología (1758-1828).—(N. del T.)

en vuestra casa, cuando han visto o van a ver a vuestra mujer. Un marido se parece entonces a una araña que, colocada en el centro de su imperceptible tela, recibe una terrible sacudida cuando cualquier insecto cae en ella, y, de lejos, escucha, juzga y ve a su presa o a su enemigo.

Del mismo modo, debéis procuraros los medios de examinar en dos situaciones distintas al soltero que llama a vuestra puerta: cuando va a entrar y cuando ha entrado.

¡Cuántas cosas no dice al entrar sin despegar siquiera los labios!

Ya que con un ligero golpe de mano, o introduciendo a cada instante los dedos entre sus cabellos, agache y levante su tupé característico;

Ya que tararee un aire italiano o francés, alegre o triste, y con voz de tenor, de contralto, de soprano o de barítono;

Ya que se asegure de que el nudo de su corbata significativa está hecho o no con gracia;

Ya que estire la pechera bien planchada o arrugada de una camisa de día o de noche;

Ya procurando saber con gesto interrogativo y furtivo si su peluca rubia o negra, rizada o lisa, sigue en su puesto natural;

Ya que examine si sus uñas están limpias y bien cortadas;

Ya que con mano blanca o mal cuidada, provista de mejores o peores guantes, se atuse el bigote o las patillas, o las pase y repase por entre las púas de un peinecito de concha;

Ya que, con movimientos suaves y répetidos, procure colocar su barba en el centro de su corbata;

Ya que se cruce de piernas y se meta las manos en los bolsillos;

Ya que contemple sus botas como diciéndose: «He aquí un pie, que no me parece del todo feo»;

Ya que ilegüe a pie o en coche, y procure borrar las ligeras salpicaduras de barro que ensuciaron su calzado.

Ya que permanezca inmóvil e impasible como un holandés fumando;

Ya que, con los ojos fijos en la puerta, se parezca al alma que sale del purgatorio y que espera a san Pedro con sus llaves;

Ya que titubee al tirar del cordón de la campanilla, o que lo coja con negligencia, precipitada o familiarmente, o como hombre seguro de lo que hace;

Ya que haya llamado tímidamente, haciendo resonar un

campanillazo perdido en el silencio de las habitaciones, como el primer toque de maitines en invierno y en un convento de Mínimos (1); o ya que, después de haber llamado con fuerza, vuelva a llamar impaciente al no oír los pasos de los criados;

Ya que haya dado a su aliento un perfume delicado tomando una pastilla de cachunde;

Ya que tome con aire afectado un polvo de tabaco, sacudiendo cuidadosamente las partículas que hubieran podido alterar la blancura de su ropa;

Ya que mire en torno suyo, fingiendo examinar la lámpara de la escalera, la alfombra o el pasamano, como si fuese comerciante de muebles o contratista de edificios;

Ya, en fin, que este soltero sea joven o viejo, tenga frío o calor, y llegue lenta, triste o gozosamente, etc.

Ya veis que hay ahí, en el descanso de vuestra escalera, una asombrosa infinidad de observaciones.

Las ligeras pinceladas con que hemos tratado de bosquejar esta figura, os demuestran en ella un verdadero calidoscopio (2) moral con sus millones de desinencias. Y no hemos querido suponer a la mujer en este umbral revelador; porque nuestras observaciones, considerables ya, pasarían a ser innumerables e insignificantes como los granos de arena del mar.

En efecto, delante de esta puerta cerrada, el hombre se cree completamente solo, y, a poco que se le haga esperar, empieza a hacer un monólogo mudo, un soliloquio indefinible, donde todo, hasta sus pasos, revela sus esperanzas, sus deseos, sus intenciones, sus secretos, sus cualidades, sus defectos, sus virtudes, etc.; en fin, un hombre es, en el descansillo, como una joven de quince años ante un confesonario la víspera de su primera comunión.

¿Queréis la prueba de ello?... Observad el cambio súbito que se opera en el rostro y en los modales de este soltero, tan pronto como de fuera llega adentro. El maquinista de la Opera, la temperatura, las nubes o el sol, no cambian más pronto el aspecto de un teatro, de la atmósfera o del cielo.

Al poner el pie en la primera tarima de vuestra antecámara, de todos los millares de ideas que ese soltero os ha

(1) Religiosos de la Orden de San Francisco de Paula.—(N. del T.)

(2) Instrumento de óptica por medio del cual producen una infinita variedad de figuras unos trozos de cristal de colores puestos entre dos discos de vidrio.—(N. del T.)

revelado con tanta inocencia en el descansillo, no queda ni una sola mirada que pueda servir de fundamento a observación alguna. La mueca social de observación lo ha cubierto todo con espeso velo; pero un marido hábil ha debido ya adivinar con una sola mirada el objeto de la visita, y ha debido leer en el alma del que llega, como en un libro.

En la manera de acercarse a vuestra mujer, de hablarla, de mirarla, de saludarla y despedirla... hay volúmenes de observaciones más o menos minuciosas.

El timbre de voz, la postura, la cortedad, una sonrisa, el silencio mismo, la tristeza, prevenciones que puede inspirarle vuestra presencia, todo es indicio, y todo debe ser estudiado con una mirada y con disimulo. Si hacéis algún descubrimiento desagradable, debéis procurar disimularlo, afectando la mayor amabilidad y los más finos modales. En la imposibilidad en que nos hallamos de enumerar todos los detalles, abandonamos los que faltan a la sagacidad del lector, que ya comprenderá la extensión de esta ciencia; principia con el análisis de las miradas, y acaba con la percepción de los movimientos que el despecho imprime al dedo gordo de un pie oculto bajo el satén de un zapato o bajo el cuero de una bota.

¡Pero la salida!... porque es preciso prever el caso en que no hubieseis podido hacer el riguroso examen en el descansillo de la escalera, y entonces la salida tiene un interés capital, tanto más, cuanto que este nuevo estudio del célibe debe hacerse con los mismos elementos, pero en sentido inverso del primero.

Existe, sin embargo, en la salida, una excepción particularísima, y es el momento en que el enemigo ha bajado todos los peldaños de la escalera en que podía haber sido observado, y llega a la calle. Allí el hombre de talento debe adivinar toda la visita al ver al visitante en la puerta cochera. Los indicios son menos comunes; ¡pero qué claros! Allí es el desenlace, y el hombre deja ver en aquel instante el carácter de éste por una expresión de dicha, de pena o de alegría.

Las revelaciones son entonces fáciles de recoger: ya por una mirada dirigida a la casa o a las ventanas de una habitación; ya por una marcha lenta y sin rumbo; ya por el frotamiento de manos del tonto, o por la carrera a brincos del fatuo, o por la palabra involuntaria del hombre profundamente conmovido, en fin, que veís las cosas con tanta claridad como la luz del día; a la salida, las soluciones son claras y precisas. Nuestra tarea sería sobre-

humana si fuese preciso enumerar las diferentes maneras cómo los hombres descubren sus sensaciones; aquí, todo es tacto y sentimiento.

Si aplicáis estos principios de observación a los extraños, con mayor razón debéis someter a vuestra mujer a las mismas formalidades.

Un hombre casado debe haber hecho un estudio profundo del rostro de su mujer. Este estudio es fácil, involuntario a veces, y puede hacerse a todas horas. Para el marido la hermosa fisonomía de su mujer no debe tener misterios. El sabe cómo se pintan en ella las sensaciones y bajo qué expresión se ocultan a la penetración de la mirada.

El más ligero movimiento de los labios, la más imperceptible contracción de la nariz, las degradaciones insensibles de la mirada, la alteración de la voz, y esas nubes indefinibles que envuelven las facciones o esas llamas que las iluminan, es lenguaje para vosotros.

Ved a esa mujer: todos la miran y ninguno puede comprender su pensamiento. Pero para vosotros, la pupila está más o menos coloreada, contraída o dilatada, los párpados han vacilado, las pestañas se han movido; una arruga, borrada con tanta rapidez como un surco en la mar ha aparecido en su frente; su labio se ha contraído o dilatado también... y en cualquiera de estos casos, para vosotros la mujer ha hablado.

Si, en esos momentos difíciles en que una mujer disimula en presencia de su marido, tenéis el alma de esfinge para adivinarla, comprenderéis bien que los principios de la aduana se convierten en un juego de niños para comprender a la mujer.

Al entrar en su cuarto o al salir, cuando se cree sola, vuestra mujer es tan imprudente como una corneja, y se dice a sí misma en voz alta su secreto: del mismo modo, en el cambio súbito de sus facciones en el momento en que os ve, cambio que, a pesar de su rapidez, no se opera nunca bastante pronto para que no se deje ver la expresión que tenía en su rostro cuando estabais ausente, debéis leer en su alma como en un libro de canto llano. Por último, vuestra mujer se encontrará muchas veces hablando consigo misma, y entonces un marido puede a cada instante conocer los sentimientos de su mujer.

¿Existe algún hombre que le preocupen tan poco los misterios del amor para que no haya admirado y observado el paso ligero, menudo y coquetón de una mujer cuando va a una cita? Se desliza a través de la multitud

como una serpiente sobre la hierba. Las modas, los trajes y los lazos tendidos por los comerciantes despliegan en vano para ella sus seducciones; ella anda, y anda siempre semejante al animal fiel que busca el rastro invisible de su amo, sorda a todos los saludos, ciega a todas las miradas y hasta insensible a los imprescindibles roces de la circulación humana en París. ¡Oh! ¡cómo comprende entonces el valor de un minuto! Su paso, sus modales y su rostro cometen mil indiscreciones. Pero ¡qué cuadro más encantador para el callejero y qué página más siniestra para un marido que la fisonomía de su mujer cuando vuelve de aquella habitación secreta habitada de continuo por su alma!... Su dicha está marcada hasta en la indescriptible imperfección de su tocado, cuyas graciosas y ondulantes trenzas no han sabido tomar, con el peine roto del soltero, ese color reluciente y esa manera elegante que les imprime la mano segura de la peinadora. ¡Y qué adorable abandono en el andar! ¿Cómo dibujar ese sentimiento que comunica tan ricos colores a su tez, que roba a sus ojos toda su fijeza y que participa de la melancolía y de la alegría, del pudor y del orgullo, por tantos conceptos?

Estos indicios, robados a la Meditación de los últimos síntomas, y que pertenecen a una situación en que la mujer procura disimularlo todo, os permiten adivinar, por analogía, la grandísima cosecha de observaciones que podréis hacer cuando vuestra mujer llegue a casa, y, como el crimen no haya sido cometido aún, todos estos detalles os harán conocer el secreto y podréis poner en juego los medios para evitar la catástrofe.

Respecto a nosotros, podemos decir que siempre que vemos un descansillo, nos da intención de darle el nombre de observatorio del marido.

En cuanto a los medios que deben emplearse para establecer dentro de casa una especie de observatorio, debemos advertir que depende en un todo de los lugares y de las circunstancias, y los abandonamos a la astucia de los que se muestren interesados en ejecutar las prescripciones de esta Meditación.

MEDITACIÓN

PROGRAMA CONYUGAL

Confieso que no conozco en París más que una casa construída con arreglo al sistema desarrollado en las Meditaciones precedentes. Pero debo advertir también que fundé mi sistema en dicha casa. Tan admirable fortaleza pertenece a un joven consejero de Estado, ebrio de amor de celos.

Cuando supo que existía un hombre que se ocupaba exclusivamente de perfeccionar el matrimonio en Francia, tuvo la amabilidad de abrirme las puertas de su palacio y de enseñarme su gineceo. Admiré el profundo genio que tan hábilmente había sabido ocultar las precauciones de unos celos casi orientales con la elegancia de los muebles, la belleza de las alfombras y la frescura de las pinturas. Convine en que era imposible a su mujer hacer a su habitación cómplice de una traición.

—Caballero—dije al Otelo del Consejo de Estado que me parecía que no debía estar muy fuerte en alta política conyugal,—no dudo que la señora vizcondesa guste mucho de habitar en el seno de este pequeño paraíso; hasta supongo que debe estar muy satisfecha, sobre todo si usted permanece mucho tiempo en ella; pero llegará un momento en que se cansará, pues de todo se cansa uno, hasta de lo sublime. ¿Y cómo haréis cuando la señora vizcondesa, no encontrando ya en vuestras invenciones el primitivo encanto, abra la boca para bostezar y acaso para presentarnos un informe con tendencias a obtener el ejercicio de dos derechos indispensables para su dicha: la libertad individual, es decir, la facultad de ir y venir siguiendo el capricho de su voluntad, y la libertad de la prensa, o sea la facultad de escribir y recibir cartas, sin temor a vuestra censura?

Apenas acabé de pronunciar estas palabras, cuando el señor vizconde de V***, apretándose fuertemente el brazo, exclamó:

—He ahí la ingratitud de las mujeres; si hay algo más ingrato que un rey, es un pueblo, y la mujer lo es más aún que los dos. Una mujer casada obra con nosotros como los ciudadanos de una monarquía constitucional con

su rey; cuida éste de asegurarles una hermosa existencia en un hermoso país; un gobierno tórnase en vano todos los trabajos del mundo, con gendarmes, una administración y todo el aparejo de la fuerza armada, para impedir que un pueblo muera de hambre; para iluminar las ciudades con gas, para mejor bien de los ciudadanos; para calentar a todo el mundo con el sol del cuadragésimoquinto grado de latitud, y para prohibir a todo el que no sea recaudador el pedir dinero; en vano se complace en adoquinar las calles, pues ninguna de las ventajas de esta hermosa *utopía* son apreciadas. Los ciudadanos quieren otra cosa!... no se avergüenzan aún reclamando el derecho de pasearse por esas calles y el de saber adónde va a parar el dinero que se da a los recaudadores; en una palabra, el monarca se vería obligado a ceder a cada ciudadano una pequeña parte de su trono, si hiciese caso de las habladurías de ciertos escritorzuelos, o se vería precisado a adoptar ciertas ideas tricolores, especie de polichinelas que ponen en juego una multitud de titulados patriotas, bandidos dispuestos siempre a vender su conciencia por un millón, por una mujer o por una corona ducal.

—Señor vizconde—le dije interrumpiéndole,—soy en un todo de vuestra opinión sobre este último punto; pero ¿qué haréis para eludir las justas peticiones de vuestra mujer?

—Caballero, haré... responderé... como hacen y responden los gobiernos que no son tan estúpidos como los miembros de la oposición pretenden probar a sus comitentes. Empezaré por otorgar con solemnidad una especie de constitución, en virtud de la cual mi mujer será declarada completamente libre. Reconoceré plenamente el derecho que tiene de ir adonde le parezca, de escribir a quien quiera y de recibir cartas, prohibiéndole que me entere de su contenido. Mi mujer tendrá todos los derechos del parlamento inglés: la dejaré hablar todo cuanto quiera, discutir, proponer medidas fuertes y enérgicas, pero sin que pueda llevarlas a la práctica, y después... allá veremos.

—¡Por san José!—dije para mis adentros,—he ahí un hombre que comprende tan bien como yo la ciencia del matrimonio. Y después, y a pesar de eso, veréis, caballero, como llegará un día en que seréis tan tonto como pueda serlo cualquier otro—dije yo en voz alta para obtener más amplias revelaciones.

—Caballero—replicó él con gravedad,—permítame us-

ted que acabe. He aquí lo que los grandes políticos llaman una teoría; pero, con la práctica, esta teoría saben ellos hacerla desaparecer como el humo, y los ministros poseen, aún mejor que todos los procuradores de Normandía, el arte de hacer que la *forma* supere al *fondo*. El señor de Metternich y el señor de Pilat, hombres de gran mérito, se preguntan hace ya tiempo si Europa está en su cabal juicio, si sueña, si sabe adónde va a parar y si ha razonado alguna vez, cosa imposible para las masas, para los pueblos y para las mujeres. Los señores de Metternich y de Pilat están asustados al ver a este siglo llevado de su manía de las constituciones, como el precedente lo estaba por la filosofía, y como Lutero lo estaba por la reforma de los abusos de la religión romana; pues no parece sino que las generaciones sean como esos conspiradores cuyas acciones persiguen separadamente el mismo objeto, guiadas por la orden convenida. Pero se asustan sin razón, y en esto solamente es en lo que les condeno, pues el pueblo tiene razón en querer gozar del poder. No sé como hombres tan notables como ellos no han sabido adivinar la profunda moralidad que encierra la comedia constitucional, y ver que es de la más alta política el dejar que el siglo tenga que roer algún hueso. Por lo demás, pienso lo mismo que ellos respecto a la soberanía. Un *poder* es un ser moral tan interesado como el hombre en su conservación. El instinto de conservación está dirigido por un principio esencial expresado en tres palabras: *No perder nada*. Para no perder nada, es preciso crecer o ser infinito; pues un poder estacionario es nulo. Si retrocede, ya no es poder; y es arrastrado por otro. Conozco, como esos señores, la falsa situación en que se encuentra un poder ilimitado que hace una concesión; deja nacer dentro de sí propio otro poder cuyo afán será el de engrandecerse. El uno tiene que anonadar necesariamente al otro, pues todo ser tiende al mayor desarrollo posible de sus fuerzas. Un poder no hace, pues, nunca concesiones que no intente reconquistar. Este combate entre los dos poderes constituye la esencia de nuestros dos poderes constitucionales, cuyo manejo asombra sin razón al patriarca de la diplomacia austriaca, toda vez que, comedia por comedia, la más peligrosa y la menos lucrativa es la que representan Inglaterra y Francia. Estas dos naciones han dicho al pueblo: «Eres libre», y él se ha quedado contento; entrando a formar parte del gobierno como la multitud de ceros que dan valor a la unidad. Pero si el pueblo quiere removerse, se empieza con el drama de la comida de Sancho, cuando

este escudero, convertido en soberano de la isla en tierra firme, intenta comer. Ahora bien, nosotros, los hombres, debemos parodiar aquella admirable escena en el seno de nuestras familias. Así, mi mujer tiene el derecho de salir, pero diciéndome antes adónde va, cómo va, para qué asunto va y cuándo volverá. En lugar de exigir estos detalles con la brutalidad que lo hacen nuestros políticos, los cuales sin duda llegará un día en que se perfeccionarán, tengo el cuidado de revestirme, al exigirlos, de la mayor amabilidad. En mis labios, en mis ojos, en mis facciones, se representan y aparecen sucesivamente los acentos y señales de la curiosidad y de la indiferencia, de la gravedad y de la broma, de la contradicción y del amor. Estas pequeñas escenas conyugales, llenas de intención, de astucia y de gracia, son muy agradables de desempeñar. El día en que quité de las sienes de mi mujer la corona de azahar que la adornaba, comprendí que habíamos representado, como en el acto de la coronación de un rey, las primeras escenas de una larga comedia. ¡Yo tengo gendarmes!... ¡Tengo mi guardia real, mis procuradores generales!—repuso con una especie de entusiasmo.—Jamás consiento que mi mujer vaya a pie sin ir acompañada de un lacayo con librea. ¿No es esto del mejor tono, sin contar lo que halago con ello la vanidad de mi mujer, que podrá decir: Tengo criados? Pero mi principio conservador ha sido siempre hacer coincidir mis salidas con las de mi mujer, probándole desde hace ya dos años que es siempre para mí un placer el llevarla del brazo. Si las calles están llenas de barro, procuro enseñarle a llevar con soltura un caballo brioso; aunque le juro a usted que hago lo que puedo para que no aprenda pronto... Si, por casualidad, o por efecto de su voluntad caprichosa, quisiera salir sin pasaporte, es decir, en su coche y sola, ¿no tengo un cochero, un lacayo y un *groom*? De este modo, mi mujer puede ir adonde quiera, pues lleva a todas partes una *santa hermandad*, y yo estoy tranquilo. Pero, querido señor mío, ¿cuántos medios no tenemos para destruir el programa conyugal con la práctica, y la letra del mismo por medio de la interpretación? He observado que las costumbres de la alta sociedad llevan consigo un afán de corretear que devora la mitad de la vida de una mujer, sin que ella goce en realidad de la vida. Por mi parte, tengo formado el proyecto de dirigir diestramente a mi mujer hasta los cuarenta años, sin que piense en el adulterio, del mismo modo que el difunto Mussón se divertía en trasladar a un vecino de la calle de Saint-Denis a

Pierrefitte, sin que él sospechase que se había separado de la sombra del campanario de Saint-Leu.

—¡Cómo!—le dije yo interrumpiéndole,—¿habréis adivinado por casualidad esas admirables decepciones que yo me proponía describir en una Meditación titulada: *Arte de poner la muerte en la vida*? ¡Ay de mí! ¡yo creía haber sido el primero en descubrir esa ciencia! Este conciso título me había sido sugerido por el relato que me hizo un joven médico de una admirable composición inédita de Crabbe. En esta obra, el poeta inglés ha sabido personificar a un ser fantástico llamado la *Vida en la Muerte*. Este personaje persigue la través del océano del mundo a un esqueleto animado llamado la *Muerte en la Vida*. Recuerdo que pocas personas, entre los convidados del elegante traductor de la poesía inglesa, comprendieron el sentido de esta fábula, tan verdadera como fantástica. Yo solo, quizá, sumergido en torpe silencio, pensaba en esas generaciones enteras que, empujadas por la vida, pasan sin vivir. Millares de figuras de mujeres se ofrecen a mis ojos, muertas todas, tristes y vertiendo lágrimas de desesperación al contemplar las horas perdidas de su ignorante juventud. En lontananza veía nacer una Meditación burlona, oía ya sus risas satánicas, y usted va sin duda a matarla. Pero, veámos, confíeme usted pronto los medios que haya encontrado para ayudar a una mujer a desperdiciar los rápidos momentos en que se encuentra en la flor de su belleza, en la fuerza de sus deseos... Acaso me haya usted dejado algunas estratagemas, algunas astucias que describir.

El vizconde se echó a reír de esta contrariedad de autor, y me dijo con aire satisfecho:

—Mi mujer, como todas las jóvenes de nuestro bienaventurado siglo, ha pasado tres o cuatro años consecutivos machacando las teclas de un piano. Ha descifrado a Beethoven, ha tarareado las arias de Rossini y ha hecho los ejercicios de Crammer. Verdad es que tuve yo buen cuidado de convencerla de sus grandes aptitudes musicales. Para alcanzar mi objeto, la he aplaudido, he escuchado sin bostezar las más enojosas sonatas del mundo, y me resigné a tomar un palco en los Buffos. De este modo he conseguido disfrutar tres noches apacibles de las siete que Dios ha creado en la semana. He llegado a ser acechado por las *casas de música* que pretenden siempre venderme piezas nuevas. En París existen salones que se parecen a las tabaquerías de Alemania, especies de *componiums* adonde voy con regularidad a buscar indi-

gestiones de armonía, que mi mujer llama conciertos. Pero también es muy cierto que la mayor parte del tiempo se lo pasa con sus partituras.

—¡Ay, caballero! ¿no conoce usted el peligro que hay en desarrollar en una mujer el gusto por el canto y en dejarla entregada a todas las excitaciones de una vida sedentaria? No os faltaba más que alimentarla con carnero y darle a beber agua pura.

—Mi mujer no come nunca más que pechugas de ave, y tengo buen cuidado de que suceda siempre un baile a un concierto, un paseo a una representación en los Italianos. De este modo he logrado hacerla acostar durante seis meses del año entre una y dos de la mañana. ¡Ah, señor mío! las ventajas de acostarse tarde son incalculables. En primer lugar, cada uno de esos placeres necesarios se le concede como favor, y finjo de este modo hacer siempre la voluntad de mi mujer. Así, la persuado, sin pronunciar una sola palabra, de que está constantemente divertida desde las seis de la tarde, hora de nuestra comida y de su tocado, hasta las once de la mañana, hora en que nos levantamos.

—¡Ah, caballero! ¡cuánto agradecimiento le debe a usted por una vida tan llena de placeres!

—De este modo, no quedan más que tres horas peli-grosas al día, pero, durante estas tres horas, le quedan muchas partituras que estudiar y muchos aires que repetir. Además, me quedan los paseos al bosque de Boloña, el estreno de carruajes, las visitas, etc. Pero no es esto todo. La limpieza minuciosa es una de las cualidades más apreciables en la mujer, y el tiempo que invierta en esto y los cuidados que se tome no deben parecer nunca excesivos ni ridículos, con lo cual logro que consuma en el tocador las mejores horas del día.

—¡Usted es digno de escucharme!...—exclamé.—Ahora bien, caballero, si quiere usted robarle además cuatro horas al día, enseñe un arte desconocido por la mayor parte de las señoras modernas. Enumere usted a su señora los asombrosos detalles creados por el lujo oriental de las damas romanas, nómbrere usted los esclavos empleados por la emperatriz Poppea únicamente en el baño: los *Unctores* (1), los *Fricatores* (2), los *Alipilarili* (3), los

(1) Los que ungián o untaban.—(N. del T.)

(2) Los que frotaban.—(N. del T.)

(3) Los que cortaban el vello de debajo del brazo.—(N. del T.)

Dropacistae (1), los *Paratiltrioe* (2), los *Picatrices* (3), *Tractatrices* (4), los enjugadores, y qué sé yo cuántos más. Háblele usted de esa multitud de esclavos cuya nomenclatura ha dado Mirabeau en su *Erotika Biblión*. Por poco que trate de reemplazar a toda esa gente, tendréis hermosas horas de tranquilidad, sin contar las satisfacciones personales que resultarán para usted con la implantación en su casa del sistema de aquellas ilustres romanas, cuyos menores cabellos, artísticamente dispuestos, habían recibido una lluvia de perfumes, y cuyas venas parecían haber conquistado una sangre nueva con la mirra, el lino, los perfumes y las flores, prodigado todo a los acordes de una música voluptuosa.

—¡Ah, caballero!—repuso el marido, que se acaloraba cada vez más—¿no me ofrece su salud admirables pretextos? Esa salud, tan preciosa y tan querida, me permite prohibir a mi mujer que salga cuando hace mal tiempo, y con esto gano una cuarta parte del año. Además, he sabido introducir la grata costumbre de no salir nunca el uno sin el otro sin darnos el beso de despedida, diciéndonos: «Ángel mío, me voy». Finalmente, he sabido prever el porvenir y mantener siempre cautiva a mi mujer en su habitación, como lo está el centinela en su garita... La he inspirado un entusiasmo increíble por los sagrados deberes de la maternidad.

—¿Contradiciéndola?—pregunté yo.

—Lo ha adivinado usted—me contestó él riéndose.—Le sostengo que es imposible que una mujer del gran mundo pueda llenar sus obligaciones con la sociedad, manejar su casa, abandonarse a todos los caprichos de la moda, a los de un marido a quien ama, y educar a sus hijos... Ella dice entonces que, siguiendo el ejemplo de Catón, que quería ver como cambiaba la nodriza los pañales del gran Pompeyo, no dejará a nadie los cuidados más minuciosos reclamados por las flexibles inteligencias y los tiernos cuerpos de esos pequeños seres cuya educación empieza en la cuna. Ya comprenderá usted, caballero, que de nada me serviría mi diplomacia conyugal si, después de haber impuesto a mi mujer en el secreto, no usase de un maquiavelismo inocente, que consiste en aconsejarla siem-

(1) Los que daban el unguento que hacía caer el pelo.—(N. del T.)

(2) Los que arrancaban los pelos que afeaban.—(N. del T.)

(3) Los que bañaban con pez.—(N. del T.)

(4) Los que manejaban a su señora.—(N. del T.)

pre que haga lo que yo supongo que ella quiere y en pedirle consejo en todo y por todo. Como esa ilusión de libertad está destinada a engañar a una criatura que no es tonta, tengo buen cuidado de sacrificarlo todo para vencer a mi esposa de que es la mujer más libre que existe en París, y, para lograr mi objeto, me guardo bien de cometer esas grandes torpezas políticas que cometen a veces nuestros ministros.

—Le comprendo a usted—le dije.—Cuando pretende usted privar a su mujer de alguno de los derechos concedidos en el programa, ya le veo afectando un aire amable y comedido, ocultar el puñal bajo flores, y, clavándolo con precaución en el corazón, decirle con voz amistosa:—Ángel mío, ¿te hace daño?—a lo cual le responderá ella seguramente como lo hacen las personas a quienes se adula:—Al contrario.

Mi interlocutor no pudo contener una sonrisa, y me dijo:

—¿No se admirará mi mujer en el juicio final?

—No sé quién se admirará más, si usted o ella—le respondí yo.

El celoso fruncía ya las cejas, pero su fisonomía se tranquilizó cuando añadió:

—Celebro, caballero, la feliz casualidad que me ha proporcionado el gusto de conocerle. Sin su conversación, seguramente que habría desarrollado peor de lo que usted lo ha hecho algunas de las ideas que nos son comunes. Cuando llegue el caso, le pediré permiso para publicar esta entrevista. Allí donde nosotros hemos visto altas concepciones políticas, otros encontrarán sin duda ironías más o menos picantes, y yo pasaré por hombre hábil a los ojos de los dos bandos.

Mientras que yo daba las gracias al vizconde (el primer buen marido que, a mi entender, había yo encontrado), él me hacía visitar una vez más todas sus habitaciones, donde todo parecía irreprochable.

Iba ya a despedirme de él, cuando, abriendo la puerta de un pequeño gabinete, me lo enseñó con un aire que quería decir: ¿Hay aquí medio de cometer algún desorden sin que yo deje de apercibirme de ello?

Respondí a esta muda interrogación con una de esas inclinaciones de cabeza que hacen los convidados a su antipatía al probar un manjar exquisito.

—Todo mi sistema—me dijo en voz baja—me ha sido sugerido por tres palabras que mi padre oyó pronunciar a Napoleón en pleno Consejo de Estado, cuando se discutió el divorcio. *El adulterio*—dijo—*es un asunto de*

canapé. Por eso puede usted ver que he sabido transformar a estos cómplices en espías—añadió el consejero de Estado señalándome un diván forrado con casimir color de té cuyos cojines estaban un tanto arrugados.—Mire usted, estas arrugas me dicen que mi mujer ha tenido dolor de cabeza y que se ha apoyado aquí.

Dimos algunos pasos hacia el diván y vimos la palabra **TONTO** caprichosamente trazada en el mueble fatal por nueve

De esos no sé qué, que una amante arrancó
Del gran vergel de Cipris, laberinto de hadas,
Y con los cuales un duque fundó
Una encomienda u orden de las más preciadas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.

—¡Nadie en mi casa tiene los cabellos negros!—dijo el marido palideciendo.

Al oír esto me escabullí, pues sentí unas ganas de reír, que no me hubiera sido fácil contenerme.

—He aquí juzgado un hombre—me dije.—Con todas las barreras de que ha rodeado a su mujer, no ha hecho más que prepararle increíbles placeres.

Esta idea me entristeció. La aventura destruía por completo tres de mis más importantes meditaciones, y la infalibilidad católica de mi libro era atacada en su esencia. De buena gana hubiera pagado la fidelidad de la vizcondesa de V*** con la suma con que muchas personas hubiesen querido comprar una de sus faltas. Pero, por desgracia, el hecho estaba consumado, y de nada servía mi dinero.

En efecto, tres días después encontré al consejero de Estado en el salón de descanso de los Italianos. Tan pronto como me vió, corrió hacia mí. Llevado de una especie de pudor, procuraba evitar su presencia; pero, cogiéndome por el brazo, me dijo al oído:

—¡Ah! ¡acabo de pasar tres días terribles! Afortunadamente, me inclino a creer que mi mujer es tan inocente como un niño bautizado ayer.

—Ya me había usted dicho que la señora vizcondesa era muy espiritual—repliqué yo con cruel acento de candidez.

—¡Oh! esta noche le aseguro que escucho con placer hasta las bromas, pues esta mañana he tenido pruebas irrecusables de la fidelidad de mi mujer. Me había levantado muy temprano para acabar un trabajo urgente... Miraba distraídamente al jardín, cuando de pronto veo sal-

tar las tapias al ayudante de cámara de un general vecino mío. La criadita de mi mujer, alargando el cuello, acariciaba a mi perro y protegía la retirada del mancebo. Tomo mi monóculo, miro al saltador, o mejor dicho, a sus cabellos, y veo que eran negros como el azabache... ¡Ah! jamás cara de cristiano me dió más placer al verla. Pero como debe usted suponer, durante el día la verja ha sido derribada. De modo que, amigo mío, si se casa usted, tenga usted al perro atado con cadena, y coloque pedruzcos de vidrio en la parte superior de las tapias.

—Y ¿ha notado vuestra inquietud la condesa durante estos tres días?

—¿Me toma usted por un niño?—me contestó encogiéndose de hombros.—Jamás mostré más alegría.

—¡Es usted un gran hombre desconocido!—exclamé,—y no es usted...

No me dejó acabar; pues desapareció al ver a uno de sus amigos que parecía que llevaba intención de ir a saludar a la vizcondesa.

¿Qué podríamos añadir nosotros que no fuese una enojosa parodia de las enseñanzas que encierra esta conversación? Todo es semilla o fruto en ella. No obstante, ¡oh maridos! ya lo veis, vuestra dicha depende a veces de un cabello.

MEDITACIÓN XVII

TEORÍA DEL LECHO

Eran próximamente las siete de la tarde. Sentados en sus sofás académicos, describían un semicírculo ante una gran chimenea donde ardía tristemente un fuego de carbón de piedra, símbolo eterno del objeto de sus importantes discusiones. Al ver los rostros graves, aunque apasionados, de todos los miembros de esta asamblea, era fácil adivinar que su misión era sentenciar sobre la vida, la fortuna y la felicidad de sus semejantes. Sus mandatos dependían sólo de sus conciencias, como los asociados de un antiguo y misterioso tribunal; pero ellos representaban intereses mayores que los de los reyes o los de los pueblos: hablaban en nombre de las pasiones y de la felicidad de las generaciones infinitas que habían de sucederles.

El nieto del célebre BOULLE estaba sentado ante una mesa redonda, sobre la cual se encontraba el sumario instruido con rara inteligencia; yo, mezquino secretario, ocupaba un asiento en aquel tribunal para levantar acta de la sesión.

—Señora—dijo un anciano,—la primera cuestión sometida a vuestras deliberaciones se halla claramente planteada en este pasaje de una carta dirigida a la princesa de Gales, Carolina de Anspach, por la viuda de Monsieur, hermano de Luis XIV, madre del regente.

«La reina de España tiene un medio seguro para hacer obedecer a su marido todo lo que ella quiere. El rey es devoto; creería condenarse si tocase a otra mujer que no sea la suya, y este buen príncipe es por naturaleza muy enamorado. La reina consigue de él por este medio todo lo que desea. Ha hecho poner unas ruedecitas al lecho de su marido. Si le rehusa éste alguna cosa, ella se lleva el lecho lejos del de su esposo. Si le concede lo que le pide, los lechos se aproximan, y ella vuelve a admitirle en el suyo, lo cual constituye la mayor felicidad del rey, porque es sumamente inclinado a...»

—Señores, opino que no debe proseguirse esta lectura, porque la virtuosa franqueza de la princesa alemana pudiera ser tachada aquí de inmoralidad. ¿Deben los maridos prudentes aceptar el lecho con ruedecitas?... Este es el problema que tenemos que resolver.

La unanimidad de votos no dejó lugar a duda. Me fué ordenado que consignase en el libro de actas, que si dos esposos dormían en dos lechos separados y en un mismo cuarto, los lechos no debían tener ruedas.

—Pero sin que la presente decisión pueda perjudicar en nada a la decisión definitiva que quedará sentada sobre la mejor manera de dormir los esposos.

El presidente me entregó un volumen elegantemente encuadrado que contenía la edición original, publicada en 1788, de las cartas de doña Carlota Isabel de Baviera, viuda de Monsieur, hermano único de Luis XIV, y, mientras que yo transcribía el pasaje citado, repuso:

—Señores, supongo que habrán recibido ustedes el boletín en que se consignaba la segunda cuestión.

—¡Pido la palabra!—exclamó el más joven de los celosos reunidos.

El presidente se sentó después de haber hecho un gesto de adhesión.

—Señores—dijo el joven marido,—¿estamos bien preparados para deliberar sobre un objeto tan grave como el